

# El cine en *Crisis*

## La salvación del cine

Juan Domínguez Lasierra

El cine puede haber entrado en crisis —que no es un concepto en sí mismo funerario—, entre otras cosas, por un empacho de tecnología.



Los niños salvarán el cine.

El cine fue mi pasión de infancia, de juventud. Pero con la edad las pasiones se extinguen, o al menos se difuminan, desdibujan, se vuelven evanescentes, relativas. Ya casi solo me gustan las películas en blanco y negro, seguramente porque son las que me llevan más directa, sentimental, estéticamente, a los viejos tiempos, cuando la pasión florecía en todas las estaciones.

Pero lo que se me demanda ahora no es un canto nostálgico a mi vieja afición. Se me demanda por el cine de ahora, el cine ¿en crisis? Lo primero que me viene a la cabeza es que el cine puede haber entrado en crisis —que no es un concepto en sí mismo funerario—, entre otras cosas, por un empacho de tecnología. Los impresionantes avances tecnológicos, al tiempo que permiten una libertad técnica casi infinita, han acabado, al mismo tiempo, con la magia del cine, aquella que le dio su ser en la oscura intimidad de las salas de proyección. Con tantas luminarias, sonidos estridentes, músicas apabullantes, efectos especiales apoteósicos, imágenes a velocidades de vértigo... solo se pueden cosechar asombros, perplejidades, pero emociones íntimas pocas. Y el cine, como el arte en general, debe ir más bien a lo emotivo,

con toquecitos al corazón primitivo que todos llevamos dentro. Pero cuando todo son fuegos artificiales la emoción es más bien un toquecito epatante a nuestra ingenuidad consustancial, que apenas dura un instante. No deja efectos perdurables, que es lo que intenta el arte, apelar a nuestra sensibilidad más profunda.

Aunque la crisis del cine — que no tiene que ser un concepto funerario, de acabamiento, repito, sino de cambio, de reacción hacia otros horizontes—, la pérdida masiva de espectadores, tiene otros factores, como nadie ignora. Es la crisis de las salas, de los viejos cines de capacidades enormes, porque el aficionado ha encontrado espacios más adecuados a su comodidad y a su bolsillo: la tele, el vídeo, los ordenadores, los mil artilugios de la moderna tecnología de la comunicación. Y contra eso, por comodidad y baratura, no hay quien luche. Auguraría la desaparición de las salas de cine, que quedarían reducidas a locales de culto para los cinéfilos empedernidos y nostálgicos, salvo por...

Hay un salvedad radical en este planteamiento: las grandes producciones de espectaculares efectos, de presupuestos millonarios, no están hechas para verse en pequeños formatos, requieren anchas, anchísimas pantallas para ser admiradas en

la totalidad de sus apabullantes incitaciones visuales. Y la cuestión es esta: o el público sigue encadenado a ellas o el cine pasará a la historia, porque la gran industria que mantiene el cine no puede vivir con productos menores. Y la salvación vendrá, auguro ahora con mayor seguridad, de la persistencia de un público, el infantil, el juvenil. Los niños salvarán el cine.

El público más joven no creo que ceda, por su propia naturaleza, en su adhesión a las fantasías prodigiosas, galácticas o de cualquier otro tipo, a esos alardes visuales que, con sus sensibilidades abiertas a toda novedad, fascinan su imaginación intacta. Así que, bien podemos decir que el cine, la gran industria del cine, se salvará gracias a ese renovado, virginal público. La ingenuidad, el asombro, la necesidad de lo mágico salvarán al cine como lo salvaron en sus inicios, cuando el público que se estrenaba en el nuevo invento se asustaba, por el temor de ser arrollados, ante un tren en marcha o en el avance, en primeros planos, de un batallón de caballería. Los viejos pabellones cinematográficos volverán a recuperar el espíritu de los pioneros y seguirán, con toda su parafernalia moderna, siendo presencia en nuestras ciudades. Solo la ausencia de ingenuidad hará desaparecer el cine de nuestras ciudades.